



Fotografía: Leidy Benítez

La paradoja de un balance de treinta años de devastaciones capitalistas y búsqueda de alternativas

Hernán Darío Correa¹

Al intentar hacer un balance de treinta años de los procesos ambientales y agrarios en el país, aparece como en pocos aspectos de nuestra realidad la dimensión paradójica de nuestros destinos nacionales. En ambos mundos, el del medio ambiente y el del acceso y el uso adecuado de la tierra, se revelan las trágicas dimensiones conflictivas entre el llamado “desarrollo” y la acumulación por despojo que se impuso a sangre y fuego después de haberse proclamado el carácter diverso de nuestra nacionalidad con la Constitución de 1991, y las resistencias de los pobladores y gestores territoriales y ciudadanos históricos de la biodiversidad.

Esas luchas fueron forzadas a transitar por un camino tortuoso y oscuro de tres décadas en las cuales se vislumbraron potencialidades y avances, pero también retrocesos, recomposiciones y transformaciones territoriales; hasta llegar a la encrucijada actual, donde al comienzo

del final del túnel neoliberal van emergiendo luces y horizontes de sentido alternativo y de cambio, en los cuales se revelan al mismo tiempo como necesidades y como potencialidades históricas los factores geográficos, culturales, sociales y políticos de un replanteamiento profundo del modo de producción capitalista dominante, y de la forma que se quiso hegemónica de habitar y de vivir en torno a la sociedad de consumo.

En efecto, durante los años 90 se configuró en el campo ambiental un verdadero Sistema Nacional Ambiental, constituido al mismo tiempo por procesos de reconocimiento de la diversidad ambiental (biológica, ecológica y cultural), de reordenamiento territorial (titulación de resguardos y territorios colectivos de comunidades negras, declaración y consolidación de parques nacionales y de áreas protegidas en todo el país, surgimiento de figuras interculturales de participación y de gestión am-

1. Sociólogo y colaborador de procesos populares indígenas y campesinos. C.e. hernandcorreac@gmail.com



biental, etc.), y de configuración de un campo normativo, de políticas públicas y de instituciones ambientales, como los institutos de investigación abocados a los grandes biomas nacionales como el Chocó biogeográfico, la Amazonia, la Orinoquia, los litorales y frentes marino costeros, la biodiversidad y las dinámicas climáticas, entre otros; e instrumentos, valores, criterios e instituciones de gestión pública ambiental como el Ministerio del Medio Ambiente y las corporaciones ambientales regionales, las licencias ambientales, las consultas previas y de consentimiento informado previo, la participación ciudadana, social y comunitaria en la gestión ambiental, entre muchos otros aspectos.

Pero muy pronto, apenas a diez años de dichas reconfiguraciones institucionales y territoriales, se desbocó el proceso de guerra abierta contra los territorios nacionales de la biodiversidad y del campesinado, reordenamientos extractivistas y de vías hacia la exportación de productos primarios y en pos de contrarreformas institucionales, que partieron de una declaración perentoria de quienes lideraron la combinación de desarrollismo y violencia, en la orientación de las políticas públicas a comienzos del siglo XXI: “Ha llegado el tiempo del ambientalismo empresarial, se acabó el del ambientalismo romántico”, como lema proclamado por la primera ministra del medio ambiente del régimen autoritario que se instaló por casi veinte años, bajo el cual se intentó y se logró en gran parte el desmantelamiento de ese sistema nacional ambiental, empezando por la pretendida liquidación del Ministerio de Medio Ambiente y luego por la desnaturalización de sus agendas con algunos temas del Ministerio de Desarrollo, incluida como objetivo en el primer programa de gobierno del innombrable, hoy convertido en reo en un primer proceso de justicia y verdad que empieza a cerrar la impunidad que ha campeado durante ese mismo tiempo.

En aquella misma década, el país asistió a los últimos coletazos de los intentos de reforma agraria sostenidos de forma intermitente desde los años 60, con normas e intentos de apoyo a los territorios campesinos e indígenas del país (ver artículo de Carlos Duarte en la edición No 81 de la revista Semillas), antes de sufrir la reconfiguración del tema agrario en la llamada “nueva ruralidad”, basada en la guerra contra el campesinado y su invisibilización como sector social y sujeto colectivo de derechos; la proclamación del campo como escenario del extractivismo minero y de megaproyectos hidroeléctricos, de monocultivos, agroindustrias de exportación y planta-



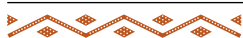
Han jugado un papel central las luchas por la defensa territorial y los modos de producir y vivir de los pueblos indígenas, las comunidades afrocolombianas, el campesinado y los pobladores de pequeñas y medianas ciudades; por el avance del pensamiento crítico; y por las luchas por la verdad y la justicia, sobre la base de las propias resistencias impuestas por lo que algunos han llamado los límites del capitalismo.

ciones forestales; y reordenamientos territoriales regionales impuestos por el desplazamiento y la liquidación masiva de los pobladores indígenas, afrocolombianos y campesinos, y la construcción de grandes corredores viales de importación de bienes básicos y de exportaciones de bienes primarios, permeados por auges del narcotráfico y los cultivos de uso ilícito, y la concentración violenta de la propiedad de la tierra.²

Pero en ambos frentes, y en sus lógicas de articulaciones territoriales, se desplegaron resistencias sociales, naturales, económicas y políticas, hasta la apertura actual de nuevos horizontes de país, que de manera compleja pero incontenible, empieza a atar los cabos sueltos de aquellas semillas que se sembraron al comienzo del período histórico al que aludimos, sobre nuestra diversidad y sus realidades y potencialidades.

Y en ello han jugado un papel central las luchas por la defensa territorial y los modos de producir y vivir de los pueblos indígenas, las comunidades afrocolombianas, el campesinado y los pobladores de pequeñas y medianas ciudades; por el avance del pensamiento crítico; y por las luchas por la verdad y la justicia, sobre la base de las propias resistencias impuestas por lo que algunos han llamado los límites del capitalismo: límites de justicia social al llevar la desigualdad mundial a los extremos actuales de hiper-concentración de la riqueza en pocas manos, a los

2. Gutiérrez, F. (2025). Tierra, guerra y política: Vuelta a las raíces. Debate. Bogotá.



usos del planeta como mina y como depósito de residuos, y extremar el antropocentrismo y el patriarcalismo en medio de la guerra abierta, el neocolonialismo y el genocidio como formas de generalizada acumulación por despojo; y límites naturales de la acumulación de capital, con la expresión de la crisis climática y el calentamiento global, el agotamiento de los combustibles fósiles, y el surgimiento de los que se ha denominado como la sociedad del riesgo.

En ese contexto, se han sostenido los factores de reordenamiento territorial efectivizados o propuestos desde aquella década (áreas protegidas, resguardos indígenas, territorios colectivos de comunidades negras, zonas de reserva campesina y territorios agroalimentarios, territorios libres de transgénicos, entre otros), y han sido grandes los avances de los diálogos de saberes y del pensamiento crítico, en dinámicas que como pocas la revista Semillas ha venido registrando a lo largo de sus 30 años de existencia (ver la edición 81). Así, en medio de la tormenta se ha venido develando el enorme tránsito de la sociedad del riesgo entre lo que algunos han llamado el paso del antropoceno al capitaloceno, reivindicando el sentido crítico de este proceso, con base “en las implicaciones del concepto de capitaloceno, surgido como crítica al antropoceno, al centrarse en la acción humana cruzada por relaciones desiguales de poder político y económico, características del capitalismo global como causante del cambio climático, y proponer análisis que destacan la valoración y apropiación de naturalezas y territorios como ejes de las transformaciones ambientales”, en tensión

histórica con visiones biocentristas en construcción en el mundo entero y en el país, con base en los diálogos y las prácticas interculturales entre el conocimiento ambientalista y ecologista, y los saberes propios de los pueblos indígenas y afros, y las comunidades campesinas.³

Así, en estos últimos años de cambio, con sus complejidades y limitaciones, se ha levantado plenamente lo que podemos llamar como la gran paradoja de aquellos y de los actuales procesos de transformación social y política, entrañada en la revalorización actual mundial de los escenarios extractivistas, obligados a transformarse y a concurrir a los espacios de la diversidad, como territorios del futuro en cuanto a las potencialidades de sus aportes a las adaptaciones climáticas, las producciones alimentarias, la sustentabilidad profunda del planeta; y en la reactualización incipiente pero progresiva del sistema nacional ambiental y los ecosistemas esenciales a la vida, y de los territorios agrario-alimentarios que subsisten dentro del complejo y singular sistema de ciudades que se ha consolidado durante ese mismo tiempo; los cuales han pasado de ser vistos como escenarios del subdesarrollo y el atraso, a ser considerados los pivotes del futuro de la humanidad misma, y de algún modo como los ejes de un replanteamiento profundo de ese modelo hacia lo que se ha llamado de forma genérica y descriptiva, como el buen vivir, en oposición a la cultura alienada de la sociedad capitalista de consumo, ahora objeto de esa revolución molecular de las búsquedas alternativas y de los diálogos de saberes, en la transformación de las formas de producir y habitar en el país y el mundo. 🌱



Fotografía: Diego Lagos

3. Ulloa, A. (2017). Dinámicas ambientales y extractivas en el siglo XXI: ¿Es la época del Antropoceno o del Capitaloceno en Latinoamérica? *Desacatos*, (54), 58-73.

